

500 años después, los comuneros se cambian de bando

► La conmemoración de la batalla de Villalar divide a la izquierda entre la apatía de algunos y el afán de otros por vestirlo de hito republicano

CÉSAR CERVERA
MADRID

Es bastante insólito que un país, una región o una ciudad del mundo celebre su día grande recreándose en una derrota. Dice mucho de su identidad y de sus traumas pendientes. Así lo hace Cataluña, que mira al 11 de septiembre de 1714, cuando cayó la ciudad en manos del ejército Borbón, con nostalgia y lamentos ahistóricos, y también de alguna manera Castilla y León, que tiene en la derrota de los comuneros en Villalar su día de la comunidad. «La batalla de Villalar es un mito ambivalente, porque por una parte es la victoria del proyecto imperial de Carlos V y, por otra, la derrota de los mitificados comuneros. No obstante, la tendencia habitual en todos los territorios españoles, y esta no es una excepción, es la identificación emocional con los derrotados. La memoria derrotista ha sido, sin duda, la visión dominante y la que se ha impuesto aquí», explica a ABC el catedrático de Historia Ricardo García Cárcel.

Los traumas de España

Heridas sin resolver y querencia por un pasado que no fue son rasgos característicos de toda la memoria española, también la que rodea a un pasaje del que mañana se celebran 500 años. Hace cinco siglos, las tropas fieles a Carlos V derrotaron a los principales líderes comuneros en la localidad vallisoletana y comenzaron el principio del fin de una insurrección protagonizada por la pequeña nobleza en protesta por la actitud despótica que los Habsburgo mostraron a su llegada a la Península Ibérica. La rebelión de carácter antifiscal, que aún se alargó varios meses en otros focos del país, terminó con un perdón general y un balance de ejecutados de únicamente 21 personas, entre ellos los famosos Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado. La represión del levantamiento fue suave, pero las huellas a largo plazo fueron profundas en el imaginario de Castilla.

Desde entonces, son muchos los mitos que se han sucedido para presentar a los comuneros al gusto de los in-

tereses políticos de cada época. Unos hablaron de una España discrepante que sobrevivió de forma subterránea a las infulsas imperiales; los liberales, en cambio, presentaron a principios del siglo XIX a los comuneros como héroes castellanos que lucharon por defender las libertades patrias frente a un imperio extranjero y opresor, mientras que los defensores de una democracia en España quisieron ver a unos españoles que ya en el siglo XVI enarbolaban la modernidad política frente a la antigüedad del imperio. No es casualidad que buena parte de estas interpretaciones presentistas hayan procedido de las fuerzas progresistas, que tradicionalmente han considerado al episodio histórico una parte innegociable de su patrimonio.

«La reivindicación del movimiento comunero por parte de las fuerzas progresistas es muy temprana, empezó en las Cortes de Cádiz y en un primer momento tuvo un claro significado de presumir de una tradición democrática propia: lo tradicional en España sería el liberalismo y lo importado, el absolutismo. Fue una forma de defenderse de la acusación de que los españoles se limitaban a copiar sistemas ajenos a la tradición del país», señala el historiador Tomás Pérez Vejo, autor del libro 'España imaginada: Historia de la invención de una nación' (2015), donde analiza a través de cuadros como el que Antonio Gisbert Pérez dibujó de la ejecución de los comuneros la forma en la que los españoles han evocado su pasado.

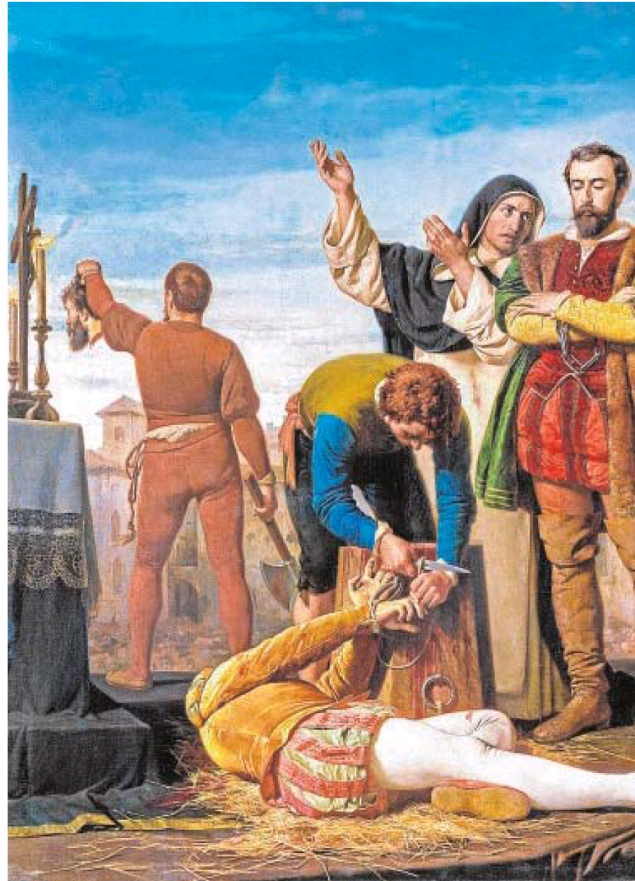
La izquierda tradicional ha tenido en la simbología y en el trasfondo de esta rebelión uno de sus grandes referentes históricos. El propio Manuel Azaña escribió un libro donde vio allí un antecedente de las revoluciones del

Una ruptura con la tradición

«A la actual izquierda española parece que la historia, salvo la que tiene que ver con el franquismo, le interesa bastante poco»

El falso mito republicano

«Los comuneros eran monárquicos militantes que discrepaban en algunas cosas con Carlos V, que ciertamente realizó un desembarco patético»



«La ejecución de los Comuneros de Castilla», por Antonio Gisbert

tercer estado y una justificación para la llegada de la Segunda República, que tomó de forma errónea para su bandera el color morado de los pendones comuneros, a pesar de que probablemente el color real de estos estaba más cercano al carmesí. Sin embargo, la nueva izquierda que representa Podemos y otros partidos han roto con este idilio y hasta ahora no han mostrado el interés de antaño por la revuelta. Sorprende la falta de actos programados por parte del Gobierno y del Ministerio de Cultura para el aniversario de los 500 años de la derrota.

«A la actual izquierda española parece que la historia, salvo la que tiene

que ver con el franquismo, le interesa bastante poco. En esto, como en otros muchos aspectos, hay una ruptura radical con unas tradiciones progresistas para las que la historia fue, durante todo el siglo XIX y primeras décadas del XX, una auténtica obsesión», recuerda Pérez Vejo, al que le sorprende el caso concreto de la formación de Pablo Iglesias dado que «el origen del color que los identifica, fruto de un error histórico o no, nace también en los comuneros».

El catedrático de Movimientos Políticos José Álvarez Junco aprecia que la izquierda «se relaciona hoy con mitos más cercanos, porque aquello le suena muy lejano. Además, es un mito del que se han apoderado los nacionalistas castellanos. Se identifica más con la identidad castellana que con la lucha por la libertad, que fue un clásico del siglo XIX».

El más postrero de los mitos sobre la Rebelión de las Comunidades, que la pinta en obras recientes como un levantamiento popular de carácter republicano y plurinacional, ha venido a intentar renovar a la desesperada los fuertes vínculos de la izquierda con este episodio histórico. «Es uno de los



ABC

Los principios comuneros eran los de Isabel la Católica

Ninguna de las interpretaciones presentistas de la rebelión se sostienen frente a una lectura histórica rigurosa, tampoco la idea de la modernidad de los comuneros frente a la antigüedad imperial. Tanto en el imperio como en las comunidades había elementos innovadores en la esfera política, social y económica que determinaron en las siguientes décadas la historia de España y de todo el planeta. Nada era completamente nuevo y nada desapareció del todo.

«La modernidad económica y política que se les atribuye a los comuneros ya estaba presente en España antes que ellos. En el testamento de Isabel 'La Católica', tantas veces invocado por otras razones, se puede comprobar que esas reivindicaciones ya estaban en la tradición castellana. No hay

que irse lejos para entender que los comuneros reivindicaban el cumplimiento de las ordenanzas que marcaba Isabel», defiende García Cárcel.

Tras el conflicto, Carlos V no solo aprendió el idioma y se empapó de las costumbres españolas, también hizo un esfuerzo por entender una tradición política que, desde una visión actual, contaba con remotos elementos 'democráticos'. «Hay una pervivencia de los principios comuneros, que son los de Isabel, en el pensamiento político español de los siglos XVI y XVII, hostil a la idea de un imperio explotador que pudiera causar víctimas humanas», concluye el historiador valenciano, que apunta a la escuela de Salamanca y a otros ejemplos de debates adelantados.

dramas de nuestro tiempo, la tendencia a adaptar una y otra vez el pasado en función de intereses del presente. Hablar de republicanismo en este caso, como se está haciendo con enorme ligereza, es una pura fantasmagoría. Los comuneros eran monárquicos militantes que discrepaban en algunas cosas con Carlos V, que ciertamente realizó un desembarco patético en España acompañado de gente extraña y solo interesado en sacar dinero de la convocación a cortes. Los comuneros fidelizaron en todo momento con la Reina Juana, recluida en Tordesillas, que tenía toda la legitimidad para reinar», afirma García Cárcel, que pone como ejemplo de esta exaltación republicana el último libro del historiador de izquierdas Miguel Martínez, 'Comuneros. El rayo y la semilla (1520-1521)' (Hoja de Lata Ediciones), que prologa el político Xavier Doménech. «Es un giro estratégico muy hábil, pues buscan así conectar de nuevo con las raíces castellanas y demostrar que ellos también representan una historia de España, la que el imperio rompió y nunca pudo ser», añade.

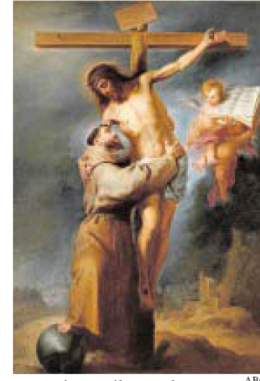
El mito del republicanismo va de la mano, en obras como la de 'Comuneros. El rayo y la semilla (1520-1521)', del mito del populismo, que resume la revuelta como una insurrección con gran apoyo popular. «Es verdad que los nobles invocaron al pueblo con proclamas antiseñoriales, pero el pueblo menudo no fue protagonista del movimiento. Nada que ver con el populismo revolucionario que se nos quiere vender en los últimos tiempos desde argumentos muy absurdos», considera el catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Los conservadores

Mientras las fuerzas progresistas tratan de repensar el hecho, las fuerzas conservadoras celebran sin complejos la efeméride tanto en Castilla y León, con una infinidad de actos y conferencias, como en el Ayuntamiento de Madrid, que con la colocación de una estatua de Juana 'La Loca' en el Parque del Retiro hace un guiño al movimiento. Lejos quedan los tiempos en los que José María Aznar, como presidente de la Junta, y otros miembros del PP miraban desde una distancia prudencial los actos oficiales y populares en torno a Villalar, monopolizados por una izquierda radical con una visión sectaria de la derrota.

«La ironía es tremenda porque ahora tenemos al mundo conservador volcado en torno a Villalar y, al mismo tiempo, a los de Podemos elevando todo tipo de victimizaciones sobre los héroes comuneros. La sociedad debe de estar moviéndose en una perplejidad absoluta, preguntándose: "¿Pero a quién representan los comuneros? ¿A la izquierda o a la derecha?" Es una confusión histórica total», destaca García Cárcel, que participará en un congreso internacional sobre la revuelta del 19 al 21 de mayo en Valladolid.

«Madrid en la revuelta comunera, a debate en el Museo de ...» [Pág. 68]



La copia que iba a subastarse ABC

Un historiador obliga a retirar una autoría de Murillo en Christie's

MÓNICA ARRIZABALAGA MADRID

Aquel 'San Francisco abrazando a Cristo en la Cruz' que se anunciaba en Christie's para la subasta de este jueves con un precio de entre 1,2 y 1,8 millones de dólares no era obra de Murillo. El conservador de museos e historiador del arte Pablo Hezra lo sabía. Era una copia que él conocía y tenía recogida para incluirla en la segunda edición del Corpus Murillo, cuyos dos primeros volúmenes ha editado el Ayuntamiento de Sevilla. Por eso, aunque nunca se había manifestado, con carácter previo, sobre una venta en subasta, creyó que en esta ocasión debía hacerlo «por honestidad profesional».

En un mensaje en las redes sociales, enfrentó una imagen del cuadro original de Bartolomé Esteban Murillo que se encuentra en el Museo de Bellas Artes de Sevilla, con la que se veía en la web de la prestigiosa casa de subastas y aclaró que la segunda era una copia. «De 1º de 'Murillogía'», Hereza trató de contactar con Christie's para cotejar sus datos, sin hallar respuesta. Cuando el 6 de abril se publicó el catálogo de la subasta, con el lote del supuesto Murillo, y vio que el asunto adquiría cierta repercusión, decidió dar su opinión.

«En el Corpus Murillo siempre he rechazado el concepto del criterio de autoridad», explica a ABC. En su lugar, planteó diversos argumentos en contra de la atribución dada por Christie's. El primero es el detalle de las palabras 'renuncia' y 'qui', que Murillo había pintado erróneamente en lugar de 'renuntiat' y 'quae' y que una intervención posterior corrigió. La obra que se iba a subastar era una copia, puesto que su anónimo autor las pintó correctas. Además, Murillo nunca se copiaba, según afirma Hereza.

68 MADRID

500 años de la batalla

Madrid en la revuelta comunera, a debate en el Museo de San Isidro

M. R. D. MADRID

Cómo Madrid, una villa castellana que hace cinco siglos contaba con apenas unos miles de habitantes, se opuso, junto al resto de las grandes ciudades de Castilla, al papel autoritario de un monarca que después se convertiría en el emperador Carlos V. Esta es la respuesta a la que responderán historiadores expertos en un ciclo de conferencias que se celebra a partir de hoy en el Museo de San Isidro-Los Orígenes de Madrid para conmemorar el quinto centenario de la batalla de Villalar, un hito que marcó un punto de inflexión definitivo para las aspiraciones comuneras.

Este ciclo, coordinado a nivel científico por Francisco Marín Pirelló, doctor en Historia Moderna y director de la Imprenta Municipal, permitirá profundizar en el origen y motivación del fenómeno comunero; la participación de la villa de Madrid en él, así como el papel desempeñado por la legítima soberana, la Reina Juana, en el proceso. Además de ahondar en el papel de la capital en esta contienda, el Área de Cultura del Ayuntamiento pretende aportar un análisis adecuado a la figura y obra de la reina Juana I de Castilla, injustamente tildada como la Loca. En este sentido, para poner fin a la leyenda negra y honrar su memoria, se instalará una escultura en el Paseo de los Reyes del Retiro en otoño.